

Cynthia Wila

El cuerpo prohibido



emecé
escritores argentinos

I

—Como la Cenicienta —intervino el analista. Y dio por finalizada la sesión.

Camila permaneció unos segundos recostada en el diván sin moverse. A veces las verdades pueden dejarnos ciegos por un rato, pensó.

Su respiración era lenta; la mirada clavada en un punto fijo del techo, casi en penumbras. Así se sentía en ese momento.

Cuando Patricio Blanchet se levantó para abandonar el sillón, pudo sentir su perfume moviéndose en el espacio de aire que los separaba. Ese aroma de hombre acompañó sus pasos hacia la salida haciendo aún más evidente su silencio.

Lo siguió con la vista. Era muy alto, seguramente pasaba el metro ochenta; la espalda ancha y unas piernas bien formadas con muslos que parecían siempre contraídos. Tal vez por su profesión o debido a esa personalidad indescifrable que la mantenía intrigada, no solía hablar demasiado: ni antes ni después de terminar los encuentros. Sus labios, de proporciones desiguales, estaban cerrados al diálogo. Pero esos ojos intensos reflejaban mensajes ocultos que sus pacientes intentaban descubrir, como quien trata de encajar la pieza que falta en un rompecabezas.

Patricio la esperaba en el escritorio de estilo inglés ubicado a unos metros del diván. Camila Infraga Mitre, por fin, se incorporó. Pagó sus honorarios y lo saludó con gesto pobre.

Una atmósfera densa la rodeó al salir del edificio. Como de

costumbre, cruzó al bar ubicado en la esquina y pidió un cortado espumoso. Hoy —más que nunca— necesitaba esos minutos de soledad que a veces la relajaban y otras la empujaban a mortificarse.

Solo le había descripto la escena del accidente: ¿Qué tenía que ver el hecho de haber perdido un zapato al desmayarse con el cuentito de la *Cenicienta*? Era lógico que se le cayera luego de semejante golpe pues se había desvanecido al instante.

Las preguntas se sucedían a borbotones en su mente, aunque siempre ligadas a las mismas cosas. Y eso la confundía más.

«Yo tenía seis años, no me acuerdo casi nada. Decidieron que mamá viajase con sus padres en avión directo de Punta del Este a Buenos Aires, y nosotras nos fuimos con papá en el auto. En la ruta una piedra le rompió el parabrisas. Paró en una estación de servicio para limpiar los vidrios que quedaron a los costados. Le ofrecieron cambiarlo, pero debía esperar un par de horas para eso, y esperar siempre le molestaba. Ya sabe, ansioso e impaciente. Entonces siguió por la ruta con toda la parte delantera del coche despejada, sin vidrio. Un inconsciente. Era verano y hacía mucho calor. El aire cálido parece que lo hizo cabecear; perdió el control por un segundo y se fue contra un árbol al costado del camino. Creo que mi hermana y yo estábamos dormidas cuando chocó. Me desmayé en el acto, Caro se rompió la clavícula y mi papá las costillas. Lo único que recuerdo de ese momento es que perdí una sandalia que adoraba. Era blanca con tacón de madera. Solo me quedó una.»

—¡Y a Patricio únicamente se le ocurrió decir: *como la Cenicienta*! —murmuró enojada para sí.

En el cuento de los hermanos Grimm, la protagonista no recibía ninguna gratificación. Por el contrario, era objeto de exigencias que la humillaban constantemente. Sin embargo, el maltrato de la madrastra y sus hermanas simbolizaba una rivalidad fraterna que las mantenía unidas a su manera. Su propio nom-

bre —Cenicienta— refería a la condición de vivir entre cenizas; cuestión que la degradaba respecto de las demás. Su existencia quedaba a la espera de un superhéroe que la rescatara de una vida miserable, que incluía un duelo no resuelto por la muerte de su madre. Entonces, sobre el final, un príncipe hermoso operaba de redentor y lograba liberarla de toda su desgracia.

La fábula mencionaba a una mujer que padecía y a otras que la hacían sufrir. El varón venía a poner un corte a esta situación dolosa, pero, en definitiva, no parecía ser el protagonista de la historia.

Al fin, Camila pudo hilvanar algo de lo que había ocurrido en su terapia: solo se trataba de mujeres... La madre de Cenicienta, al igual que su propia madre, metida en cada una de las cuestiones de su vida.

Los cuentos de hadas tenían por costumbre intimidar a sus heroínas describiendo un mundo con gente malvada empeñada en hacerles daño. ¿Qué estaba tratando de sugerirle su analista con esta analogía?

Sus intervenciones la empujaban a buscar dentro de ella la responsabilidad que le cabía en cada situación de la que se quejaba. Quizás por eso había aludido a la Cenicienta aquella tarde, en la que Camila no paraba de querellar a su marido desde que entró. No recordaba muy bien cómo había llegado al relato del accidente, lo cierto fue que, de iniciar la sesión a puro reproche contra su esposo, terminó hablando del viaje de sus padres y su desmayo. Otra vez aparecía en escena como la pobre desgraciada que había perdido la conciencia y ¡un zapato! Cuando en verdad, había sido la única que no sufrió daño: su padre terminó con las costillas rotas y su hermana con la clavícula fracturada. Ella, nada. Pero en su discurso afluía como la víctima.

—¡Basta! —dijo de pronto. Ya no soportaba el cúmulo de preguntas y más preguntas que no paraban de torturar su cabeza. Pagó al mozo con una sonrisa y se marchó. Ese detalle jamás faltaba: aunque estuviera de mal humor, siempre sonreía ante la gente.

Durante el trayecto hacia la oficina de su marido llamó Irma, la nueva secretaria, para recordarle que esa noche cenarían con el grupo de inversores que llegaba del Sur. Lucio estaría de buen ánimo, y ella debería simular gestos amables como venía haciendo desde hacía un año.

Reclinó la cabeza hacia atrás y se acomodó en el asiento del vehículo. La sesión con Patricio, sus palabras y el calor agobiante de la tarde la habían dejado exhausta.

Cerró los ojos y comenzó a evocar situaciones cargadas de sufrimiento. Más que recordar, eran difíciles de olvidar aquellas imágenes llenas de dolor. ¿Era posible olvidarse de todo y empezar de nuevo?, pensó.

Infidelidad... esa palabra la perseguía desde niña. En rigor, desde antes de su nacimiento. Ya su abuela le había advertido del tema. Como una parte más de los cuentos que le relataba de pequeña, siempre aludía a la tal Pasífae, la princesa de Colquis de la mitología griega que fue dada en matrimonio al Rey Minos de Creta. Las numerosas infidelidades de su esposo la habían enfurecido de tal manera, que ideó una venganza y le lanzó un conjuro para que ninguna amante se atreviera a sus brazos: en cada una de sus relaciones eyacularía víboras y escorpiones dentro del vientre de sus compañeras, y con ello las condenaría a la muerte.

«Todos los hombres son infieles. Hay que pagarles con la misma moneda. ¡Venganza! Eso es lo único que calma. Recuérдалo siempre, *chérie*», le decía con el dedo en alto. Como para olvidarlo...

* * *

Nacida en París, Ivonne Lafont, la abuela de Camila, había crecido en medio de un clima candente producto de una Primera Guerra Mundial que devastó las economías europeas.

La política restrictiva de préstamos aplicada por los Estados Unidos en una época que pedía a gritos su colaboración, influyó en las finanzas del Viejo Continente perjudicando a Francia frente a las deudas contraídas con el país americano. La estrategia consistía en sortear los compromisos adquiridos con las indemnizaciones devengadas por Alemania en su favor, sin prever que el antiguo invasor jamás le pagaría.

Las presiones contra el país germano que había quedado en ruinas generaron una inflación imposible de manejar, lo cual incitó a su acreedor a tomar cartas en el asunto: en 1923 el ejército francés y su aliado de Bélgica ocuparon la franja alemana del Ruhr, centro de producción de carbón, hierro y acero; a Francia la tentaba la riqueza de esas tierras.

Si bien la ocupación no pretendía ser violenta, existieron incidentes de sabotajes promovidos por pequeños grupos de resistencia civil armada que obligaron a Francia a reprimir y ejecutar. La contienda se cobró la vida de manifestantes huelguistas y algunos soldados franceses, entre los que se encontraba Bernard Lafont, padre de Ivonne, quien, tras salvar su pellejo durante la Primera Guerra, falleció de septicemia luego de haber sido baleado en un enfrentamiento con jóvenes alemanes.

La pequeña Ivonne vio llegar a la ciudad el contingente de oficiales que volvían a su patria; caminaban por el centro de una hilera de gente que se había aglutinado allí para esperarlos. Los sanos estaban primeros en la fila; atrás, rezagados marchaban los heridos. Algunas mujeres tiraban flores a su paso; otras, en cambio, escondían su llanto entre pañuelos blancos por aquellos que habían muerto. Ivonne cayó en la cuenta de que todas ellas tenían algo en común: vestían de manera humilde y en sus rostros podía verse el sufrimiento.

Carol Lafont, su madre, vio que dos soldados sostenían a Bernard al final del camino. Corrió y se abalanzó sobre él: «Está grave», dijo su compañero.

Luego de llevarlo al hogar, Carol tomó la mano de Ivonne y la arrastró desesperada en busca de algún médico para sal-

var a su marido. Llegó al hospital en un grito suplicando que la acompañaran a su casa pues Bernard no podía moverse. Pero nadie tuvo tiempo para ella; estaban demasiado ocupados con aquellos que podían pagar para ser atendidos. Y la mujer no tenía recursos.

Con diez años, la niña comprendió que solo los pobres luchaban en el frente y solo ellos eran los que morían. Esa impresión quedó grabada de manera tan fuerte en su memoria que, a partir de entonces, se instaló en su mente una idea que la acompañaría siempre: su corazón estaría del lado de quienes padecieran injusticias.

La pérdida definitiva de un papá al que no había conocido demasiado, puso a Ivonne ante otro desafío: debió enfrentar la depresión de una madre cuyo duelo no cedería con el tiempo en ese mundo de tiranos y comunistas. Así creció la joven, sufriendo por su padre fallecido y por la escasa presencia de una mamá abúlica que la privó de cariño.

A poco de cumplir los quince años, ya trabajaba como mesera en el bar de la familia de una amiga íntima. Sirviendo jarras de cerveza helada para soportar el calor de un verano agobiante, su mirada quedó capturada por el hijo de un importante terrateniente argentino que estaba de paseo por París y se deslumbró con ella en cuanto la vio.

Ivonne admiraba el estilo malevo de los hombres latinos, que conocía muy bien debido al triunfo de Carlos Gardel en sus tierras; el extranjero de veintinueve años que la pretendía se peinaba a la gomina como el cantante, y sus modos reflejaban los de esos machos rudos de Buenos Aires que penaban por amor en las frases de los tangos.

La diferencia de edad entre ambos no impidió que ella se fuera con él hacia América para casarse bien lejos de su historia, en busca de un futuro diferente. Logró su cometido, pero la vida no le sería tan simple: con el tiempo conocería el precio de vivir con la soberbia de aquel hombre.

Mientras el reconocido diario *El Mundo* destacaba el enlace

del hijo de Don Antonio Infraga Mitre con una bella francesa, la alta sociedad argentina les dio la espalda. A pesar de los buenos modales y su hermosura, se notaba que la joven foránea no tenía clase ni distinción, y tampoco la instrucción adecuada para estar a la altura de semejante prometido. Pero la boda se realizó igual y los amigos de la familia asistieron simulando cortesía a pesar del desacuerdo.

En el país se vivía un clima de exaltación: el radical Hipólito Yrigoyen triunfaba de manera abrumadora en los comicios accediendo a su segunda presidencia con setenta y seis años, sin saber por entonces que no lograría terminar su mandato.

En septiembre de 1930, el Gobierno constitucional fue interrumpido por el primer golpe militar producido en la Argentina: a la cabeza estaba José Félix Uriburu. Había triunfado el nacionalismo oligárquico y, otra vez, Ivonne Lafont debía vivir sus días en medio del reguero fascista que ahora se expandía por aquella tierra tan lejana de la suya, que creyó libre de dictadores.

Reconocido como Presidente por una cuestionada acordada de la Corte Suprema de Justicia que originó la doctrina de Gobiernos de Facto, el militar decidió conformar su gabinete con algunos civiles de elite a los cuales admiraba. La designación de José Pérez como Ministro de Economía, amigo íntimo de Don Antonio Infraga Mitre, fortaleció sus finanzas y la de sus allegados, que se vieron favorecidas de manera inescrupulosa en un mundo lacerado por la depresión económica consecuente al *crack* en la bolsa de Wall Street.

La familia, vinculada a los sectores más conservadores, entabló estrechas relaciones con los militares que ostentaban el mando y, en especial, con Agustín Pedro Justo, quien sucedería a Uriburu en la presidencia.

En medio de un régimen represivo, de poco recato y miramientos, con un esposo oligarca que se juzgaba superior y por esos tiempos ya no le prestaba demasiada atención, Ivonne dio a luz a sus gemelos en soledad; Edgardo y Francisco eran

sanos y fuertes, pero tenían un padre ausente como lo había tenido ella.

Ivonne criaba a sus hijos con la ayuda de mucamas y amas de llave que pululaban por su casa, y pasaba los veranos en el casco de estilo colonial que los Infraga Mitre poseían en el Valle de Punilla. La estancia contaba con quinientas hectáreas propias y era una de las más bellas de las sierras cordobesas. Rodeada de una arboleda única, sus paredes blancas, las rejas negras frente a los ventanales y las tejas color ocre constituían la réplica exacta de casonas españolas antiguas.

Ivonne permanecía horas en el mirador ubicado en la punta del ala derecha de la hacienda, que conformaba una torre de forma cilíndrica en cuyo extremo se podía avistar la hermosura de los montes. En ese caserón inmenso de arquitectura europea, en compañía de los niños y sus abuelos, la joven francesa sorteaba los días de verano, mientras Antonio Segundo, su marido, pasaba semanas enteras en Buenos Aires alejado de ella.

Ivonne imaginaba que él la engañaba con otras; a pesar de no tener estudios no era tonta. Le había encontrado rastros de labial en sus pañuelos y hasta una nota en el bolsillo del pantalón garabateada en letra media gótica que hablaba de amor y de esperanzas. En un principio lloró frente a esa revelación que le impedía seguir alimentando de dudas sus sospechas. La angustia duró bastante y no hallaba consuelo en ninguna de las funciones que su título le exigía como señora del hogar. Tampoco contaba con amigas en la sociedad porteña: la habían rechazado de entrada y eso era lo mismo que haberla excomulgado de por vida.

Solo María, la niñera de sus hijos, se había convertido en su compañera de confesiones y la consolaba prestándole el oído y los consejos de una mujer de pueblo. Era una viuda cincuenta oriunda de la provincia de Entre Ríos a quien los avatares de la vida de campo habían dejado sin familia. De modos simples y carácter suave, María se había propuesto estar cerca de su patrona pues la apenaba tanto su dolor como su soledad. Por

eso trataba de cuidarla como a una hija, poniendo los esfuerzos de la madre que no había podido ser.

—No sufra más por el patrón, señora mía —le dijo un día que la encontró en medio de una congoja—. *Usté* es hermosa y joven todavía, no debería quedarse acá moqueando. Vaya nomás a hacer su vida y deje que el señorito note sus ausencias. Ya va ver cómo aparece rapidito. La venganza es lo único que calma, mi querida —selló mientras le peinaba los cabellos.

Ivonne tardó bastante en internalizar las palabras de la nodriza. Sin embargo, los susurros de María, aunque llenos de caricias, le enseñaron que el lamento de un corazón herido solo podía callarse con más heridas. Y esa lección quedó marcada a fuego en su memoria.

* * *

Al tiempo que los niños crecían y se ponían vigorosos, su madre también lo hacía. Se había convertido en una joven de formas generosas cuya belleza era admirada por todo hombre que cruzara su camino.

A esa altura, Ivonne ya comprendía qué significaba pertenecer a la elite de oligarcas argentinos que —sin nombramientos gubernamentales— controlaban política y económicamente el país desde las sombras. Propietarios de grandes extensiones de tierras en la provincia de Buenos Aires y alrededores, solían tener alianzas estrechas con las Fuerzas Armadas y con la Iglesia Católica. Ciertamente era que algunos habían adquirido sus campos con trabajo y esfuerzo, pero también sobre la base de relaciones oportunas que permitieron comprarle bienes al Estado a mejor precio.

Los Infraga Mitre eran una de las familias burguesas que habían consolidado esa columna vertebral de notables argentinos, y por eso llevaban en la sangre el gen del orgullo y la insolencia. En cualquier momento del año organizaban reuniones ostentosas para agasajar a sus amigos militares tanto en la casa

de Buenos Aires como en la estancia de Córdoba. Las propiedades se llenaban de agregados castrenses que no tenían empacho en presentarse con el uniforme immaculado repleto de medallas sobre el pecho; y lo lucían con alarde. Por las viviendas desfilaron no solo presidentes, sino también ministros, tenientes y almirantes. A veces solos; otras, venían acompañados por sus esposas, si las tenían y lo deseaban. La orden impuesta por el dueño de casa era bien clara: la vajilla debía relucir, la comida ser exquisita y las mujeres vestirse de gala.

Corría el mes de octubre de 1931 y el clima agradable de las sierras prometía una noche espléndida para la fiesta que se realizaría en la hacienda. Los sirvientes ya habían establecido todo según las disposiciones del patrón: canapés variados servidos de entrada, cordero patagónico de primer plato, y de postre la *crème brûlée* que la doña del señor Antonio Segundo les había enseñado a preparar.

Si bien Ivonne estaba acostumbrada a las reuniones exhibicionistas que armaba Don Antonio, su suegro, para consolidar alianzas con el Gobierno, solía quedarse al margen de las presentaciones formales que se daban entre los caballeros. Trataba de mantenerse alejada de todo, pues le parecía un circo montado para sostener lo que ella juzgaba infame. La milicia le traía malos recuerdos: imágenes de un padre que había muerto cuando ella era apenas una niña por una causa que nada tenía que ver con sus afectos.

Pero esa noche era especial: su suegro cumplía sesenta años, por lo que no solo debería presentarse y lucir bella, sino fingir un talante agradable para que los hombres dieran su aprobación. Debía emperifollarse como uno más de los objetos de la casa para armar la parodia de la familia frente a los invitados; recibir a esa gente arrogante le resultaba insoportable.

Se decidió por un vestido de tela laminada que llegaba hasta el piso y terminaba en una pequeña cola combinado con guan-

tes de raso al tono; el género suave y su belleza europea le daban el aspecto de una diosa griega.

En los últimos tiempos poco se cruzaba con su marido: de día no lo veía, y por las noches él aparecía de vez en cuando para recordarle que ella seguía siendo suya a pesar de la distancia. Decía estar muy ocupado en cuestiones laborales, por eso se ausentaba durante semanas. Pero jamás faltaba a una tertulia dispuesta por Don Antonio, su padre.

—Estás hermosa esta noche —le dijo el esposo apenas la vio entrar a la sala. Y tomándola del brazo, la acercó hasta un grupo de invitados que acababan de llegar.

Entre ellos se encontraban el Presidente José Félix Uriburu; su esposa, Aurelia Madero Buján; el Ministro del Interior, Octavio Sergio Pico, y algunos militares que el joven no conocía.

—Buenas noches —saludó Antonio Segundo con cortesía—. Les presento a mi mujer: Ivonne Lafont de Infraga Mitre.

Los hombres saludaron con reverencia a la dama, besando uno a uno la mano enfundada que ella extendía a su tiempo en señal de buenas formas.

—Encantada de conocerla —habló la voz profunda del último en inclinarse—. Teniente Coronel Alberto Montier, para servirle —y la besó apretándole de manera sugestiva los dedos mientras le sostenía la mirada. Alta, blanca, delgada y elegante, Ivonne había capturado al instante la atención del militar.

Ella sintió un escalofrío y se apartó del grupo al cabo de segundos. Decidió mantenerse esquivo, como era su costumbre, pero los acontecimientos de la noche no le darían tregua.

Los jefes de Gobierno y sus allegados comieron y bebieron en abundancia, rieron con aplomo —al mejor estilo militar—, y conversaron con familiares y amigos en un ambiente agradable. Hasta el Presidente Uriburu sonrió más de lo habitual ante las ocurrencias de su amigo Infraga Mitre; las puntas de su bigote espeso subían y bajaban en señal de distensión.

Las mujeres, por su lado, chusmeaban en un grupo apartado acerca de las nuevas tendencias en boga, que incluían faldas

ceñidas para marcar el talle, cinturones angostos, sombreros y guantes. Y criticaban las extravagancias de algunas damas de edad cuyos vestidos rebalsaban de bordados en pedrería que habían caído en desuso.

No se sabía bien si el Teniente Montier estaba o no casado, lo cierto fue que había llegado solo a la reunión esa noche. Su porte viril y las facciones de estilo europeo no pasaban desapercibidos ante las miradas femeninas, en cualquier sitio donde se presentara. Estaba acostumbrado a que esa forma de andar erguido y su rango en la milicia llamaran la atención, sin embargo ese día fue él quien quedó impactado: desde que llegó a la casa se sintió perturbado por la joven extranjera que lo había encandilado con su hermosura. Había escuchado por boca del marido que era oriunda de París y que tenían dos hijos. De su familia de origen nada se comentaba.

Ella no pronunció palabra durante la cena; sentada al lado de su esposo comía bocados pequeños y bebía solo agua. Parecía apenas un adorno más de la mesa, el marido no la observaba ni la atendía.

El Teniente, que no podía apartarle la mirada, había captado la falta de acercamiento entre ambos: la modosidad de ella, la indiferencia de él. Se detuvo sin disimulo en las facciones de Ivonne: ojos claros barridos por pestañas color arena, el cabello rubio con ondas cortas peinadas a la moda, su rostro limpio, sin excesos de polvo, y unos labios gruesos pintados de rojo que lo estaban enloqueciendo.

Una de las damas que captó su alteración le había dicho al oído que no era una muchacha de clase. Sin embargo, pensó él, sus modos sofisticados parecían los de una princesa: el movimiento gentil de sus manos, la mirada pudorosa que mantenía sobre el mantel con un parpadeo suave, y la postura recta del torso que resaltaba su cuello femenino.

Montier percibió un arrebató poco común, pues solía controlar sus emociones. Pero ahora, frente a ella, sentía que la situación lo erotizaba.

Al final de la comida, cuando algunos de sus colegas bailaban con sus esposas y otros, enfrascados en un diálogo candente con los dueños de casa consumían puros cubanos bajo el fresco de la galería, Ivonne ya se había retirado de la mesa. Montier decidió aprovechar la distracción de los caballeros para acercarse al manjar que hasta ahora solo había degustado con la vista. La buscó por el comedor, en la cocina y en la biblioteca contigua a la sala, pero no pudo hallarla. Preso de una ansiedad desbordante, subió las escaleras que daban a los cuartos y, por fin, la encontró saliendo de uno de ellos. Se cruzaron en el pasillo, cuando ella cerraba la puerta tras la espalda.

—¿Necesita algo? —preguntó Ivonne sorprendida al verlo en el segundo piso.

—Sí —contestó el Teniente al instante—, hablar con usted. Le tomó la mano sin permiso y la introdujo al mismo dormitorio del que había salido.

Ella se quedó muda, con las pupilas agrandadas por la inesperada reacción del hombre que la había estremecido horas atrás.

Montier percibió la agitación de su pulso y eso lo excitó aún más. En lugar de soltarle la muñeca, la arrimó contra él arrugando su cintura. Le habló a centímetros de los labios, con tono de mando y aliento a vino tinto.

—No sé quién es usted, ni cómo llegó a parar aquí. Pero le juro que voy a hacerla mía en cuanto vuelva de viaje. —Y le tapó la boca con su lengua.